

Rev. C. Harinck
Lectura: Génesis 45:8-28

Salterios:

Primer: 235:1-3

Segundo: 210:1,3,4,5

Ley: 327:2

Tercer: 289:1,8-11

Cuarto: 183:4

Último: 151:5

Introducción.

Congregación, hemos cantado juntos: *“José, esclavo en cadenas, pena y dolor sufrió; hasta que el Señor cumplió lo que Él predijo”* (Salterio 289:9). ¿Quién puede comprender la sabiduría de Dios? José, quien fue vendido como esclavo, fue exaltado por Dios desde su humillación. Se convirtió en el medio para sostener la descendencia de Abraham en un tiempo de hambre. ¡Qué providencia tan sabia por parte de Dios! Pero mucho más vemos la sabia providencia de Dios en la crucifixión, la profunda humillación y la exaltación de Cristo. Allí queremos detenernos un momento. Nuestro texto se encuentra en Génesis 45:28.

Texto: Génesis 45:28

“Entonces dijo Israel: Basta; mi hijo José vive todavía. Iré, y lo veré antes que yo muera.”

Tema: El mensaje del José viviente

En relación con esto, consideramos tres aspectos:

1. Cómo se recibió este mensaje
2. Cómo se confirmó este mensaje
3. Cómo se respondió a este mensaje

Primer pensamiento. Cómo se recibió este mensaje.

Jacob había permitido que sus hijos fueran a Egipto por segunda vez. No lo quería al inicio, porque, aunque habían vuelto la primera vez con trigo, también habían traído la noticia de que Simeón se había quedado atrás como prisionero y de que el virrey de la tierra no confiaba en ellos. Si iban a volver otra vez por trigo, tenían que llevar evidencia de que no habían mentido y de que sí tenían un hermano menor. Tenían que llevar a ese hermano menor con ellos.

Pero Jacob no quiso eso. No quería entregar a Benjamín a ese peligroso viaje a Egipto. Les dijo a sus hijos: *“Me habéis dejado sin hijos; José ya no está, Simeón tampoco está, y os llevaréis a Benjamín; contra mí son todas estas cosas”* (Génesis 42:36).

Sin embargo, el hambre es una espada aguda. Allí también tuvo que rendirse Jacob. Las familias de sus siervos tenían hambre y la cosecha había fracasado por segundo año consecutivo. Sabemos que aún vendrían cinco años más de malas cosechas. La muerte por hambre amenazaba a Jacob, a su familia y a sus muchos siervos con sus familias, y también al ganado y a las ovejas. Por eso, finalmente se rindió. Cedió. Dijo: *“Y si he de quedarme sin hijos, que me quede sin hijos”* (Génesis 43:14). Eso no fue una sumisión santa a la voluntad de Dios; más bien dijo: *“Si he de quedarme así, que me quede”*.

Así fueron a Egipto por segunda vez. Llevaron a Benjamín también en esta ocasión, y Jacob se quedó atrás en Canaán con muchas preocupaciones y preguntas. Una en particular le angustiaba: *“¿Qué quería en realidad ese virrey con Benjamín? ¿Por qué quería, en específico, que Benjamín viniera a Egipto?”* No esperaba nada bueno de ello. Comenzaron unas semanas difíciles de espera para Jacob.

Pero después de unas semanas volvió la caravana. Cuando los vio y enfocó sus ojos viejos, contó once hijos. Simeón estaba allí de nuevo y Benjamín también había vuelto. ¿Pero qué escucha? ¿Qué le gritan sus hijos desde lejos? Ellos alzan la voz y dicen: *“José vive aún; y él es señor en toda la tierra de Egipto”* (Génesis 45:26). José, contado como muerto, vive aún y tiene gran poder y gloria en la tierra de Egipto. Esta vez José se había revelado a sus hermanos y les había dicho: *“Yo soy José, el que ustedes vendieron como esclavo”*. Y más que todo, les había dicho: *“Dios ha cumplido mis sueños”*. Esos sueños eran para José como promesas de Dios. *“Dios ha cumplido mis sueños, Sus promesas. Dios me ha exaltado de una profunda humillación y me ha dado esta alta posición. Soy el virrey de Egipto”*.

José les contó a sus hermanos que ahora podía ver por qué Dios había preparado tal camino para él. El Señor había hecho todo ello para salvar a una gran cantidad de gente de la muerte por hambre. José cree que el Señor hizo todo esto para mantener vivos a los descendientes de Abraham, para que el Mesías, en el futuro, pudiera nacer del linaje de Abraham. Después de contarles todo esto, José les instruyó a volver y traer a Jacob con todos sus familiares, sus siervos y sus familias, y sus animales a la tierra de Egipto. Porque, dijo José, el hambre duraría unos cinco años más todavía. Por lo tanto, deben traer a mi padre y a todos los suyos aquí a Egipto, porque aquí hay graneros llenos de trigo. Dio ricos presentes a ellos, junto con carros llevados por caballos. Mandó jinetes para protegerlos.

Así volvieron a Jacob en Canaán. Ya lo anunciaban desde lejos: *“José vive aún, sí, es también virrey en la tierra de Egipto”*. Pero el gozo esperado no surgió. Leemos acerca de Jacob: *“Y su*

corazón desfalleció, pues no les creía” (Génesis 45:26). Jacob no los creyó. Leemos como sucedió: su corazón desfalleció. No lo pudo creer. Era demasiado. Era demasiado increíble. Leemos: *“Pues no les creía”*. ¿Su hijo, que durante veintidós años creía que estaba muerto, repentinamente vive? ¿Acaso no le habían mostrado sus hijos la túnica de muchos colores que José llevaba? Había visto la prenda empapada de sangre y había oído a sus hijos decir: “José ha sido despedazado por una bestia”. ¿Cómo podría José estar vivo?

Pero ahora oye: *“José vive aún; y él es señor en toda la tierra de Egipto”*. Jacob no lo cree. No puede creerlo. Era una noticia tan buena, pero ese mensaje no fue creído.

Congregación, así sucede también con la Pascua. Se les entregó un mensaje tan bueno a los discípulos de Jesús. Las mujeres vinieron a los discípulos y dijeron: “Hemos visto a unos ángeles en la tumba vacía de Jesús que dijeron que Jesús vive. Nos mandaron a darles este mensaje”. Pero los discípulos no las creían. Dijeron: “Parecen locura sus palabras. Son exageraciones de mujeres”. Incluso cuando Jesús mismo se puso en medio y dijo: *“Paz a vosotros”* (Lucas 24:36), y cuando Él les mostró sus manos traspasadas y sus pies, y dijo: “Palpad y ved, porque no soy espíritu. Soy yo mismo” — incluso allí leemos que por gozo no lo creyeron.

En breve, congregación, un mensaje puede ser demasiado bueno para ser creído. Y así sucede con los pecadores convencidos cuando oyen el evangelio. ¡No lo pueden creer!

Muchos no tienen ninguna dificultad en creer el buen mensaje del evangelio. Guardar los mandamientos de Dios, eso sí les cuesta. ¿Pero creer? Eso uno simplemente lo hace. Uno cree que es pecador y que Jesús es el Salvador. Uno cree eso y luego es salvo.

¿Pero cómo es cuando uno se encuentra en el espejo de la ley y ve lo que es delante de Dios? ¿Cómo es cuando uno, en su corazón, siente que por la ley de Dios es maldito y condenado? ¿Qué debe decir cuando su conciencia lo acusa y sus pecados lo señalan? ¿Cómo es cuando usted vive lo que Moisés dijo: *“Pusiste nuestras iniquidades delante de ti, nuestros pecados ocultos a la luz de tu rostro”* (Salmo 90:8). ¿Cómo es con usted cuando teme la santidad de Dios y Sus castigos? ¿Qué puede presentar cuando, después de haber intentado con todas sus fuerzas mejorar su vida, guardar los mandamientos de Dios, todo ha fracasado? ¿Cómo es cuando cada día, de nuevo, usted falla y encuentra cada vez más pecado y maldad dentro de sí mismo?

Si usted considera y piensa en todas estas cosas, entonces no es tan fácil creer las buenas nuevas del evangelio. Tampoco es fácil creer que Cristo ha llevado la ira de Dios, ha expiado el pecado, y que ahora todo aquel que cree en Él no perecerá, sino que tendrá vida eterna. Es entonces muy difícil creer que la salvación es *gratuita*; que no se exige nada de nuestro lado; que podemos venir tal como somos.

Cuando venimos hambrientos, ¡cuán difícil es creer que el Señor saciará! ¡Cuán difícil es creer que Él perdonará cuando venimos como culpables; sí, cuando venimos como sucios y manchados, que Él nos limpiará de todos nuestros pecados con la sangre derramada de Jesús!

Oh, ¡cuán difícil es creer las buenas nuevas del evangelio! Esa buena nueva tan llena de gracia, de Aquel que llama: *“Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida”* (Apocalipsis 22:17). El pecador convencido a menudo dice en su corazón: “Eso no puede ser para mí; eso no puede ser para alguien como yo”.

Así, aquellos que sienten sus pecados y miserias luchan una dura batalla para abrazar el evangelio proclamado. El diablo también tiene su mano en esto. Al diablo le gusta pescar en río revuelto. Él angustia a la persona convencida, que tantas veces ya teme que sus pecados sean demasiado graves para ser perdonados. Tiene miedo de haber pecado demasiado y de haber resistido al Señor por demasiado tiempo. Está constantemente afligido con el pensamiento: “Mi conversión no es verdadera, porque permanezco tan impío. Ojalá desde el día de mi conversión las cosas hubieran mejorado... pero parece que se empeoran cada vez más. Cuánto más santo quisiera ser, más impío me siento.”

De esa lucha y de ese temor, el diablo abusa para decir: “El evangelio no es para ti, no es para tales personas. No perteneces al pueblo escogido de Dios, porque no has sido lo suficientemente humillado, te carece de la piedad y la santidad en tu vida”. Satanás intenta mantenernos alejados de Cristo y hace sospechoso el evangelio. Predica el evangelio como un evangelio para personas que son dignas de merecer la gracia de Dios. Dirá dentro de nosotros: “Tendrás que inclinarte mucho más profundamente que lo has hecho y esperar para tener suficiente arrepentimiento y humildad”. Así intenta mantenernos alejados de Dios y Jesús. Dirá: “Tienes que esperar hasta que poseas verdadera fe”. El diablo despierta la incredulidad que sospecha del evangelio y que no cree que, cuanto más pobres y culpables venimos a Dios y a Cristo, tanto más bienvenidos somos.

La incredulidad sospecha de la gracia de Dios. La pura gracia es por naturaleza muy lejana de nosotros. En realidad, no la conocemos. Cuando nosotros somos misericordiosos, siempre hay un “pero” que la acompaña. Queremos ser misericordiosos, pero entonces ciertas condiciones deben cumplirse. No sabemos de nosotros mismos lo que es la pura gracia. La incredulidad dice: “Yo debo primeramente mostrarle a Dios algo para poder hacerme digno de esta gracia. Incluso si fuera una lágrima sincera o una oración sincera”.

El resultado es que pecadores convencidos, experimentando su culpa e impiedad ante Dios, no se atreven a creer en el mensaje del evangelio. ¿Ciertamente no puede ser que yo, solamente con mi pecado y miseria, pueda ir a Jesús para ser sanado? Tales personas a menudo también

temen aceptar algo que no les pertenece. Todo esto hace que el mensaje del evangelio sea demasiado bueno y demasiado lleno de gracia para ser creído en su estimación.

Esto también sucedió con Jacob. Oyó un mensaje tan bueno y regocijante, y aun así leemos: *“pues no les creía”*. Así es que hay pecadores que son convencidos de sus pecados y miserias, pero que no se atreven a ir a Él ante la voz de Jesús que les llama.

Llegó un tiempo en su vida en que vieron quiénes eran delante de Dios. Tenían que clamar: *“Jah, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse?”* (Salmo 130:3). Se volvieron muy preocupados a causa de sus pecados. Tienen hambre y sed de ser reconciliados, pero no se atreven a creer que Jesús también los tiene a ellos en mente cuando llama: *“Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (Mateo 11:28). El mensaje es demasiado bueno para ser verdadero. Jacob no lo pudo creer.

¿José aún vive? No puede ser verdad. Pero el Señor puede cambiar eso. Prestemos atención a ello en el segundo pensamiento; allí vemos cómo ese mensaje fue confirmado.

Segundo pensamiento. Cómo se confirmó ese mensaje.

Leemos en los versículos 27 y 28: *“Y ellos le contaron todas las palabras de José, que él les había hablado; y viendo él los carros que José enviaba para llevarlo, el espíritu de su padre Jacob revivió. Entonces dijo Israel: Basta; mi hijo José vive todavía. Iré, y lo veré antes que yo muera.”*

Congregación, los hijos de Jacob intentaron convencer a su padre de que su mensaje era verdadero. ¿Cómo lo hicieron? ¿Dijeron ellos: “Es cierto, José vive aún. Al inicio tampoco lo creímos y, en realidad, teníamos miedo de ese virrey en Egipto. Nos acusó de haber robado la copa de Faraón y nos echó en la cárcel. Pero luego se reveló a nosotros como José. ¡Es cierto! José vive y es gobernador de toda la tierra de Egipto”? ¿Así actuaron? No, lo hicieron de manera diferente. Leemos: *“Y ellos le contaron todas las palabras de José, que él les había hablado; y viendo él los carros que José enviaba”*. Hablaron a Jacob todas las palabras de José. Le contaron lo que José les había dicho.

José no solo había contado a sus hermanos que había sido vendido como esclavo por ellos, sino que también se había convertido en el virrey de Egipto. Más que todo, él enfatizó que Dios había hecho todo esto para preservar vivos a los descendientes de Abraham en el tiempo de la hambruna. Señaló a sus hermanos la sabiduría de la providencia de Dios. Él dijo: “Dios ha cumplido todos mis sueños. Él ha cumplido sus promesas a mí. Me ha mostrado que habrá siete años de escasez después de siete años de plenitud. Es por eso que Faraón me ha nombrado conservador de la vida en Egipto. Ahora puedo ser el medio para mantener vivos a los descendientes de Abraham.” Él concluyó con estas palabras: *“Vosotros pensasteis mal contra*

...mí, pero Dios lo pensó para bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener con vida a mucho pueblo” (Génesis 50:20). A través de toda la miseria de la esclavitud y la cárcel, Dios estaba dirigiendo todo para la salvación de la familia de Abraham y la venida del Mesías prometido.

Estas cosas le relataron a Jacob. Le dijeron además que José había preguntado tan emocionalmente: “¿Sigue vivo todavía mi viejo padre?”, y cuán feliz estaba de oír que su padre aún vivía, y que quería que su padre viniera a él, porque el hambre duraría unos cinco años más. Estas palabras de José, revelando la maravillosa guía de Dios, se las dijeron ante los oídos de su viejo padre Jacob.

Y entonces leemos: *“Y ellos le contaron todas las palabras de José, que él les había hablado; y viendo él los carros que José enviaba para llevarlo, el espíritu de su padre Jacob revivió. Entonces dijo Israel: Basta; mi hijo José vive todavía. Iré, y lo veré antes que yo muera.”*

Todo se volvió claro para Jacob. Su espíritu revivió, leemos. Su espíritu oprimido recibió nueva vida, por decirlo así. Su corazón seguía tan afligido por la pérdida de José. Pero ahora oyó que José vivía. Se levantó de su estado oprimido y dijo: “José vive todavía”.

Lleno de asombro, el viejo patriarca exclamó: “¡José vive todavía!” Todo se puso en su lugar. Todos los enigmas fueron resueltos. Luz se derramó sobre el camino que Dios había tomado con Jacob. José había soñado que sus hermanos y también su padre se inclinarían delante de él. Pueden leer acerca de ello en Génesis 37. Sabemos que los hermanos explicaron los sueños de José como orgullo. “¿Nosotros y tu padre nos inclinaremos delante de ti?”, habían preguntado. Entonces leemos: *“Y sus hermanos le tenían envidia”* (Génesis 37:11). Pero luego leemos una pequeña frase después de eso: *“pero su padre guardaba esta palabra.”*

Jacob había creído: Dios tenía algo guardado para José. Por eso fue un gran misterio para Jacob que José hubiera sido devorado por una fiera, como le habían contado sus hermanos. Pero ahora escucha que José ha dicho: “Los sueños se han cumplido”. Dios ha cumplido Sus promesas. Y ahora que también ve los carros cargados de grano y la comitiva de jinetes que José había enviado, el espíritu de Jacob revive. Recupera su antigua fortaleza. Es levantado de su tristeza, y entonces leemos: *“Y dijo Israel: Basta; mi hijo José vive todavía.”*

Leemos: *Y dijo Israel.* No es sin significado el uso de ese nombre. Ya no se trata de Jacob, sino de Israel, aquel hombre que se había comportado como un príncipe con Dios y que se había aferrado a Él con lágrimas y súplicas. Y dijo Israel —el nuevo hombre dentro de Jacob se levanta— *Basta.* Quiere decir, en primer lugar: “Estoy convencido, lo creo”. Pero, sobre todo, es lo que literalmente dice: “Basta. Está bien. Todo está bien, porque mi hijo José vive todavía”. La luz resplandeció sobre estos oscuros veintidós años en que había lamentado por José. Todos los enigmas fueron resueltos.

Congregación, de esta manera Dios puede resolver los enigmas y disipar las tinieblas. Así quiere consolar a los que lloran, librar a los cautivos y llevar a pecadores quebrantados a la fe en el mensaje de que Jesús, quien fue entregado en Viernes Santo por nuestros pecados, resucitó en Pascua para nuestra justificación. ¡Jesús vive! El sacrificio de Viernes Santo ha sido aceptado, la deuda del pecado ha sido pagada, la justicia de Dios ha sido satisfecha, la maldición de la ley ha sido llevada. La muerte, la tumba y Satanás han sido vencidos; el acta de nuestros pecados ha sido clavada en la cruz y borrada. ¡Qué bendita luz ha caído sobre el camino de Dios! En verdad, todo estaba bien, porque José aún vivía.

Congregación, ¡Jesús vive! Conmemoramos esto en Pascua. Eso arroja una nueva luz sobre todo. Entonces se ve de otra manera nuestro mundo con sus guerras y amenazas, y nuestra vida con sus preocupaciones y cruces. No estamos entregados en manos de gobernantes crueles. Jesús vive y reina en el cielo.

Se produjo un bendito avance en la vida del patriarca Jacob. Dios lleva a los pecadores que luchan con enigmas y preguntas a comprender los caminos sabios de Dios. ¿Cómo lo hace el Señor? Creo que es importante prestar atención a los medios que Dios utilizó para hacer esto con Jacob. ¿Qué convenció a Jacob? ¿Qué hizo que la fe irrumpiera en él? Leemos: *“Y ellos le contaron todas las palabras de José”*. No, no las palabras de los hermanos obraron esto, sino todas las palabras de José, lo que José había dicho. Y, como añadido, se menciona: *“y viendo él los carros que José enviaba para llevarlo”*.

Entonces Jacob fue levantado de su tristeza y la incredulidad fue ahuyentada, y él dijo: “Basta; es suficiente”. No son nuestras palabras las que lo hacen, sino la Palabra de Dios. Las promesas de Dios lo obran. El evangelio de Jesús lo obra: el evangelio de la Pascua, que Jesús vive, que la culpa ha sido llevada y expiada, que ha habido satisfacción, que la muerte y la tumba han sido conquistadas. El Espíritu Santo utiliza eso para traer de las tinieblas a la luz, de la desesperanza a la libertad y de la depresión a la gloria de Dios. El poder está en las palabras de Dios. En Jacob leemos acerca del poder de las palabras de José. Cuánto más grande es el poder de las palabras de Dios, especialmente una palabra que sale de la boca de Jesús. Piensen en esa única palabra que Jesús habló a María Magdalena: “¡María!”. Disipó todas las tinieblas, y ella exclamó, asombrada: “¡Raboni! ¡Mi Maestro!”.

Consideren además cómo Jesús resolvió los enigmas de los viajeros a Emaús. La Biblia se abrió. Las palabras de Dios fueron habladas y explicadas. Entonces salieron de las tinieblas a la luz y comenzaron a comprender el principal punto del evangelio: la cruz del Calvario. *“¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas y que entrara en su gloria?”* (Lucas 24:26). Los corazones que habían estado tan sombríos comenzaron a arder, a arder con amor, cuando

oyeron acerca del amor de Cristo, quien se dio como rescate por muchos. Sus almas fueron libradas y todas las tinieblas fueron disipadas.

Los hijos de Dios saben lo que es esto. Sí, hablamos de un conocimiento basado en la experiencia, es decir, de un conocimiento experimental. La experiencia, dice Calvino, *es hallar verdadera la Palabra de Dios*. En la Biblia que Martín Lutero usaba, a veces se encuentra algo escrito en el margen. Muy a menudo, cerca de una promesa, se encuentra escrito en latín: *probatum est*. Quiere decir: *probado y hallado verdadero*. Lutero había encontrado verdadera esa promesa. Eso es, en realidad, la experiencia espiritual. Los hijos de Dios poseen conocimiento a través de la experiencia. Experimentan el poder de la Palabra de Dios y las promesas de Dios.

Estaban cargados por la culpa de sus pecados y tenían que decir: *“Porque mis iniquidades han pasado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí”* (Salmo 38:4). Estaban llenos de dudas y temores de que su obra no fuera verdadera y de que serían engañados una vez más. Fueron tentados por el diablo y, por lo tanto, no se atrevían a apropiarse del evangelio ni a creer que esta buena nueva era para ellos. Pero entonces Dios cambió eso y utilizó Su Palabra y Sus promesas para dar a su alma la libertad de poner la mano sobre Cristo. Dios atraviesa las tinieblas de la tentación y la duda, hablando a nuestras almas: *“Yo soy tu salvación”* (Salmo 35:3). Trae Su Palabra a nuestros corazones con el poder del Espíritu Santo. Oh, qué bendición es oír la voz de Dios en la predicación; escuchar la voz del Maestro detrás de la predicación del evangelio. Es como si oyéramos lo que oyó el ciego Bartimeo: *“Ten confianza; levántate, te llama”* (Marcos 10:49). La Palabra entonces se vuelve tan personal.

Congregación, realmente no creo que Bartimeo haya dicho entonces: “El Señor debe referirse a otro”. Cuando la Palabra atraviesa su alma por el Espíritu de Dios, es para usted, para usted en particular. Escuchamos entonces que Jesús llama precisamente a tales personas vencidas, tales personas condenadas como lo soy yo. Eso nos levanta por encima de toda oscuridad. Nos hace decir: *“Ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a él vendrán”* (Isaías 45:24). Jesús mismo se revela en las promesas al pecador. Se revela en Su plenitud y disposición, en el poder de Su sangre y sacrificio. Sus corazones combatidos y abatidos son persuadidos por esto: que Jesús vive y que ha satisfecho en la cruz; ¡y eso por mí! Es una persuasión del Espíritu Santo.

“Persuasión”; esa es la palabra que se utiliza para describirlo. El Espíritu Santo los persuade. ¿Y de qué los persuade? ¿Que su conversión es verdadera? ¿Que su arrepentimiento es bueno? ¿Que conocen lo suficientemente sus pecados? ¡No! Les persuade de la veracidad de la promesa: *“Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”* (Isaías 1:18). Les persuade especialmente de la buena disposición de Cristo para recibir al pecador temeroso. Una mirada a la disposición de Jesús los avergüenza de su propia falta de disposición y atrae su corazón hacia Él.

Sabemos muy poco acerca de la conversión de Comrie.¹ Solo conocemos unos pocos detalles. Él dice que antes pensaba que él estaba dispuesto, pero que Jesús no estaba dispuesto. Dice: “Siempre pensaba que con mis lágrimas y con mi arrepentimiento tenía que convertir a un Salvador renuente en un Jesús dispuesto, pero entonces lo vi: Jesús está mil veces más dispuesto a recibirme que yo a venir a Él. Entonces mi falta de disposición se convirtió en mi mayor pecado”. Sí, eso es experiencia. Es la experiencia de las cosas por las cuales Dios persuade. Rompe la duda, la tentación de Satanás, las tinieblas y todo lo que pueda haber. A veces Él habla solamente una sola palabra, como con María Magdalena ante la tumba vacía: “María”. O como a los discípulos en la tormenta: “*Yo soy; no tengáis miedo*” (Mateo 14:27). Allí Pedro perdió todo miedo y caminó sobre las olas. Entonces decimos con Jacob: “Basta; es suficiente”. “Estoy convencido. No necesito más. *‘Me sedujiste, oh Jehová, y fui seducido; más fuerte fuiste que yo y me venciste’* (Jeremías 20:7)”. Es el poder de la Palabra de Dios y de Sus promesas.

“El espíritu de su padre Jacob revivió”. Fue levantado de su aflicción. “*Entonces dijo Israel: Basta; mi hijo José vive todavía.*” El nuevo hombre se despertó en Jacob. La fe se levantó por encima de la lucha y las tinieblas. Jacob dijo: “Es suficiente. Todo está bien.” Entonces todo está por debajo. Entonces el diablo ya no puede oprimir y la ley ya no puede maldecir. La cruz y el afán se vuelven más livianos. La fe irrumpe. Repetimos, después de Jacob: “*Basta; mi hijo José vive todavía.*” Eso, más que todo, fue suficiente para Jacob. José vivía aún.

¡Jesús vive! Él ha conquistado la muerte y la tumba. Eso es suficiente para la fe. Si usted no tiene lo suficiente en Jesús y Su salvación, es porque no lo conoce. El Credo Holandés dice correctamente: “*Aquel que posee por la fe a Jesucristo, tiene en Él su salvación completa*” (Artículo 22, Confesión Belga).

El Señor arregló todo para bien con Jacob, a pesar de todas sus adversidades. Después de veintidós años de luto, todos esos enigmas se resolvieron. Porque Jacob seguía pensando acerca de esos sueños y decía en su corazón: “He creído que Dios hiciera algo con José. Que Dios tuviera una gran obra para él. ¿Cómo entonces podría haber sido devorado por una bestia, como contaron los hermanos?” Pero ahora la luz resplandeció sobre todo esto.

Congregación, así obra el Señor con todos aquellos que le temen. Lo hace tan bien con ellos. Hace con ellos de modo que dicen: “Basta; porque Jesús vive. Él ha pagado. Él ha vencido y en Él somos más que vencedores. ¡Es suficiente, porque Jesús vive!” Como resultado, cantan lo que nosotros también cantaremos juntos, del Salterio 183, la cuarta estrofa.

Tercer pensamiento. Cómo se respondió a ese mensaje.

¹ Alexander Comrie (1706–1774), teólogo y pastor escocés en los Países Bajos, fue una de las últimas luces de la *Nadere Reformatie*, un movimiento en los Países Bajos comparable en muchos aspectos al puritanismo en el Reino Unido.

José vive todavía. Jacob abrazó el mensaje y, al hacerlo, la fuerza de su espíritu se renovó, y él resolvió seguir ese mensaje. Él dijo: *“Iré, y lo veré antes que yo muera.”* Todas las objeciones se cayeron a un lado. Después de todo, fue un viaje largo, y Jacob ya era un hombre mayor, teniendo ciento treinta años. Estaba viajando a un pueblo extraño y, para hacerlo, tenía que dejar atrás la tierra de Canaán, la tierra de promesa. Pero todo eso quedó en segundo plano. *“Mi hijo José vive todavía. Iré, y lo veré antes que yo muera.”* Anhelaba ver a José, encontrarlo y estrecharlo contra su corazón.

Congregación, así sucede cuando creemos por primera vez o de nuevo que Jesús vive. Entonces la cruz ya no es tan pesada ni el camino demasiado largo. Entonces podemos andar por esa carrera, porque vemos a Aquel que ha conquistado la muerte y la tumba. Vemos a Aquel que ha cancelado la deuda y llevado la maldición. Entonces vemos a Aquel que ha prometido: *“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”* (Juan 16:33). Con qué mensaje tan rico pudieron volver los hijos de Jacob a su padre mayor. Qué mensaje más rico pueden proclamar también los siervos de Dios. Pueden leer acerca de ello en la profecía de Isaías, que también Pablo cita: *“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que anuncia la paz, del que trae buenas nuevas, del que anuncia salvación, del que dice a Sion: Tu Dios reina!”* (Isaías 52:7).

Qué mensaje tan rico. Es, sobre todo, también el mensaje de la Pascua: “Jesús vive”. El sacrificio ha sido aceptado, la temible santidad y justicia, la ira de Dios, la maldición de la ley... todo ha sido quitado. Se ha proclamado: *“Consumado es”* (Juan 19:30). Jesús vive y ha sido nombrado Conservador de la vida.

José recibió un nombre en Egipto: Zafnat-Paaneah, conservador de la vida (Génesis 41:45). Fue puesto para repartir grano a un pueblo hambriento y así mantenerlo con vida. Así también Jesús ha sido puesto para ser Salvador de los hijos e hijas perdidos de la raza de Adán. Él es llamado el Dispensador de la multiforme gracia de Dios. ¡Qué buena noticia es esa!

Sé que siempre reaccionan ante ese mensaje de una manera particular. Dirán: “Sí, pero eso solo se aplica a los escogidos.” Congregación, quisiera decirles algo, algo sumamente importante. Es cierto: Cristo no murió por todos los pecadores. Él derramó Su sangre solamente por los Suyos, y esto se aplica únicamente a aquellos que Le fueron dados por el Padre. Pero también digo esto: esto es un secreto, y no sé ese secreto. Lo que sí sé es lo que se proclama en el evangelio. Ese evangelio nos trae el mensaje de que hay un Salvador, que hay un Redentor, que Su sangre limpia de todo pecado, que todo aquel que viene a Él no será echado fuera, que no hay culpa tan grande que Él no pueda expiar, que no rechazará a ninguno, porque todo aquel que a Él viene, de ninguna manera será echado fuera, y que Él nunca decepcionará.

He aquí, no se me dijo ni la mitad. Esto fue suficiente para Jacob. No sé si es suficiente para usted, pero sí lo era para Jacob. Creo que usted primeramente quiere saber si es escogido. Creo que primeramente quiere saber si su conocimiento de pecado es suficiente. Oh, creo que quiere saber tantas cosas primero.

Pero todo eso estorba. Eso no hace a uno apto, sino precisamente inapto. Porque toda la aptitud que se requiere es sentir la necesidad propia. Las personas que venían a José solo tenían hambre. No ponían condiciones ni exigencias. Tenían hambre. Sabían que solo José puede quitar el hambre.

¿O quizás se parece a Esaú? Esaú dijo: “Me voy a morir, ¿de qué me sirve la primogenitura? Dame de ese guiso rojo, de ese guiso de allí”. “Sólo se vive una vez”, decimos. Hay que disfrutar lo más posible. Pero solo en Egipto había trigo, y quien no iba a Egipto, moría de hambre.

La invitación de Satanás es engañosa. Él dice: *“Las aguas hurtadas son dulces, y el pan comido en oculto es sabroso”* (Proverbios 9:17). Pero Satanás no dice lo que leemos después: *“Y no sabe que allí están los muertos, que sus convidados están en las profundidades de la sepultura”* (Proverbios 9:18). En Egipto había trigo. En Egipto había un Conservador de la vida. Hay un Conservador de la vida, y hay trigo: Jesús ha adquirido salvación, perdón, reconciliación, todo. Hay un Conservador de la vida.

Probablemente no conozcan la antigua Confesión Escocesa. Fue redactada en Escocia en 1566. Algunos incluso la firmaron con su propia sangre. En ella se trata también sobre la predicación, sobre lo que querían predicar. No querían predicar buenas obras ni méritos, sino solo a Cristo. Confiesan entonces que para los hombres hay un Salvador disponible. Eso es lo que tanto ha caracterizado la predicación escocesa: *hay un Salvador disponible*. Hay un Conservador de la Vida, dispuesto y capacitado para salvar de la muerte; y Él ha venido al mundo para salvar a los pecadores.

Congregación, ni por mil mundos quisiera yo estar en los zapatos de aquellos de ustedes que han oído este evangelio toda su vida y aun así nunca han venido hambrientos al Conservador de la Vida, a Cristo. Será tan justo lo que el Rey dirá en aquel día: *“Pero a aquellos mis enemigos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y degolladlos delante de mí”* (Lucas 19:27).

Pueblo del Señor, ¿qué puede quitar su duda? ¿qué puede ahuyentar sus temores? ¿No es el mensaje que Jesús vive? ¿Que Él ha pagado? ¿Que Él ha cumplido? El sacrificio ha sido aceptado. Dios está satisfecho. Él lo ha levantado de entre los muertos. Y, más que todo, Dios es demasiado justo para castigar dos veces el pecado. No castiga a Jesús en el Calvario y al pecador que huye a Cristo con su necesidad y muerte. No, Él no castiga dos veces. Boston concluye su *La Naturaleza*

Humana en sus Cuatro Estados con las palabras: “Nunca, nunca se perdió un alma que, con su necesidad y su muerte, se haya vuelto a Cristo”.

“José vive todavía. Iré, y lo veré antes que yo muera.” Jacob tenía en cuenta que iba a morir y quería adelantarse a la muerte. Sí, uno debe asegurarse de adelantarse a la muerte. Tu conversión debe preceder a tu muerte. Pero Jacob quería adelantarse a la muerte para poder ver a José, y dijo: *“Iré, y lo veré”*. Ese era su anhelo: *“Iré, y lo veré”*. Rutherford lo escribió desde la cárcel en Glasgow: “Voy a morir”, escribió, “voy a morir. Pero voy a morir para ver esa cabeza que por mí fue coronada de espinas. Voy a morir para ver ese rostro que por mí fue escupido. Voy a morir para ver al Salvador, que me compró para Dios con Su preciosa sangre”.

Bastará. Entonces, de verdad, será suficiente. Calvino yacía en su lecho de muerte. ¡Cuánto no había pasado ese hombre! Perdió a su esposa y a su único hijo. Y allí estaba Calvino en su lecho de muerte. Sus últimas palabras fueron: “Señor, Tú has hecho bien todas las cosas”.

Amén.

Salterio 151:5